

Santiago, maestro y amigo



Era verano de 1987 y apenas hacía tres años que me dedicaba a esto. **Adolfo Santana**, con su proverbial extroversión, me abordó por teléfono para decirme que querías hablar conmigo. Quedamos en el bar Hermanos Rogelio, junto al Estadio Insular, aunque tú llegaste un poco más tarde, lo necesario para que él me fuera *picando* con que, si aspiraba a ser alguien en este oficio, tenía que pasar por la escuela del *Diario de Las Palmas*, pues se curraba tanto (tú, "una bestia", según él) como se aprendía. Cuando empezaba a exponerle mis recelos por la desventaja competitiva de un periódico vespertino, apareciste para despejar cualquier duda con la simple, y a la vez magnética, pasión que destilaste al explicarme lo que pretendías de mí, lo sacrificado pero gratificante de compensar con coraje, inteligencia y laboriosidad la inferioridad en otros factores. Que una persona dieciséis años mayor que yo irradiara tal entusiasmo me atrajo decisivamente, tanto que casi ni hablamos de dinero, apenas unos números en una servilleta de papel.

Y no me equivoqué. Lo que soy y cómo he llegado a serlo no puede entenderse sin los dos años y medio que viví codo a codo contigo. Porque acaso la enseñanza más honda que me transmitiste fue que el periodismo de verdad no es un medio, sino una forma de vida. Nunca podré olvidar, al llegar al edificio de El Sebadal cuando me endosabas guardia de cierre y aún no había amanecido, la luz de tu despacho ya encendida y el olor a Benson que humeaba al abrir la puerta de la Redacción. Uno todavía estaba medio dormido y tu primera expresión era desbordante: "Martín, venga,..." Y ese venga podían ser unas vacas retenidas por Sanidad Exterior en un barco atracado en el muelle debido a no sé qué virus, un coche de la Policía Nacional incendiado en El Polvorín o el mismísimo y legendario *Rubio* que acababa de entregarse. Y tras esas sobredosis de periodismo urgente de amanecida para convertir en ventaja la desventaja de salir a mediodía, venga a patearse los barrios del municipio entero y las oficinas municipales para "sacar cosas que interesen a la gente, no el politiquero". ¿Te acuerdas del *Hotel de los líos*? Fue el cintillo que se me ocurrió, y te descojonaste, cuando me propusiste acotar esos entresijos del Ayuntamiento en una columna diaria a la que añadiste una página semanal de opinión política bajo el epígrafe de *Carta blanca* que, tantos años después, he conservado hasta dar título a mi primer libro que, maldita falta de tiempo, no te he regalado.

Pero no sólo me enseñaste periodismo, sino compañerismo y amistad. Aquellos tenderetes con tu inseparable **Engracia** los sábados (día libre, fijo porque el *Diario* no salía los domingos) en la playa de Meloneras, aquellas noches de copas, aquellos almuerzos de Redacción para hacer piña, aquellas conversaciones personales, aquella complicidad con una mirada... todo aquello es inolvidable, un privilegio irrepetible. Por eso te costó tanto asumir mi ida a la competencia. Y me dolió lo mismo, te lo confieso. Pero, doce años y tantos avatares después, la vacante que dejé en Canal 9 te sirvió para volver a tu tierra tras el éxodo malagueño. "El mejor, mi maestro", les enfaticé a los hermanos **Domínguez** cuando me dijeron que me relevabas. Con hechos, una vez más, volviste a demostrarlo. Y de la misma forma te presenté a mi actual empresario, **Jesús Martínez**, hace un año en Los Rodeos.

Por eso, no me tengas en cuenta haber cerrado hoy tan tarde y haber incumplido tu máxima de que el periodista no es noticia. Cuenta conmigo donde quiera que estés para que sigas enseñándome cuando me toque y déjame un par de páginas para acabar lo que no entra en esta columna. Ya, ya lo sé, siempre se me hace corto el espacio que tengo. Pero esta vez era imposible ir "al grano" sin más. Con los ojos húmedos y el corazón encogido, no he podido.

Maestro, amigo, hasta siempre.